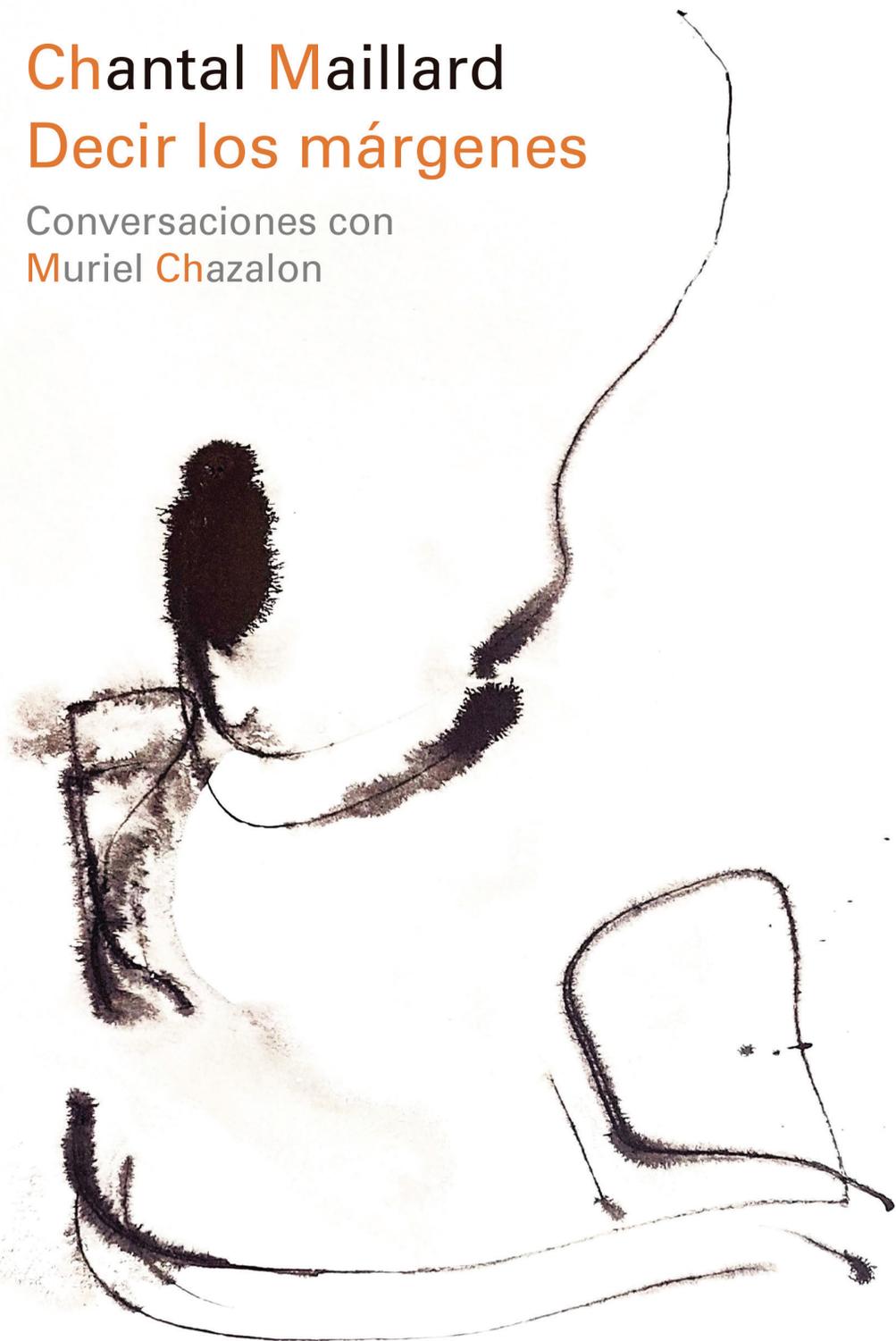


Chantal Maillard

Decir los márgenes

Conversaciones con
Muriel Chazalon

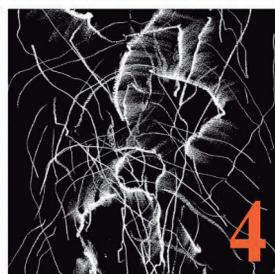
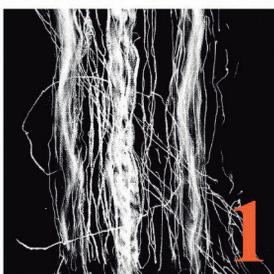
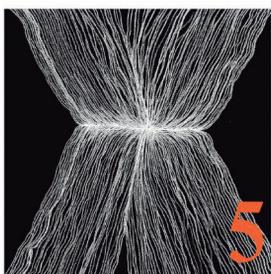
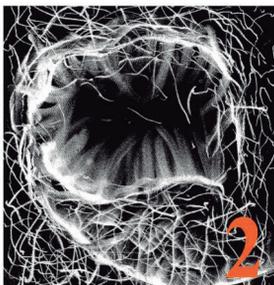
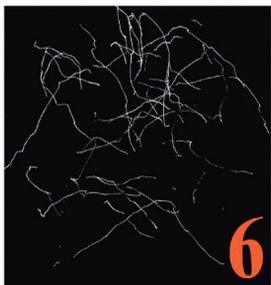
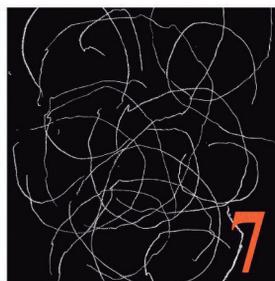
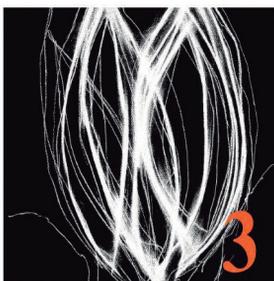
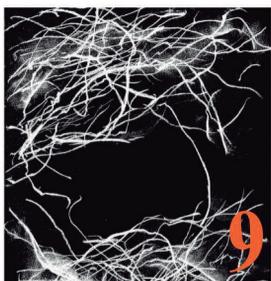


CHANTAL MAILLARD

Decir los márgenes

Conversaciones con Muriel Chazalon

Galaxia Gutenberg



Índice

Prestar oído de murciélago. A modo de prólogo. M. Ch.	9
Preámbulo.	13
1. Márgenes	21
2. El hambre	65
3. El semejante	107
4. Monstruos.	155
5. Ficciones	201
6. In-significar	261
7. Enmudecer	315
8. El método	375
9. El animal-en-mí.	411
Nota errática. A modo de conclusión. Ch. M.	443
Notas	445
Bibliografía	471
Tabla de ilustraciones	485
Índice analítico	487

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º I.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2024

© Chantal Maillard y Muriel Chazalon, 2024

Dibujos de las portadillas: serie *La foudre*, κεραιός, *emporte l'univers*, de Muriel Chazalon, 2021,
carboncillo, pastel seco y pastel al óleo sobre papel © Muriel Chazalon, 2024

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2024

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic

Depósito legal: B 47-2024

ISBN: 978-84-19738-69-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Prestar oído de murciélago

A modo de prólogo

En una conversación: uno tira la pelota, el otro no sabe si devolverla, o dejarla allí, o recogerla y metérsela en el bolsillo.

LUDWIG WITTGENSTEIN

Buscamos palabras y tal vez buscamos también oídos.

FRIEDRICH NIETZSCHE

Entrar donde se está ha de hacerse al oído.

CHANTAL MAILLARD

Dos imágenes me acompañaron desde el inicio de esta andadura. La primera es la de un tren atravesando los campos de Flandes. Todo empezó con la idea de recoger sus entrevistas en un volumen cuando, de pronto, como quien tira una pelota, Chantal me lanzó una propuesta: ¿por qué no hacemos un libro de conversaciones tú y yo? Al instante, nos imaginamos iniciar estas conversaciones recorriendo en tren *le plat pays*. Y, si bien no llegamos a cruzar Bélgica, la imagen se tornó metáfora, pues este conversar se convirtió en el vehículo que atravesó las lindes de nuestros respectivos territorios. Nos dio la oportunidad de pensar *entre* dos y, asimismo, de habitar *el entredós*, esta zona indiscernible de todo encuentro, que halla aquí su «idiografía» en la peculiar inversión de nuestras iniciales.

Decir los márgenes es una larga conversación escrita, avivada por frecuentes diálogos telefónicos y presenciales, y acompasada por largos si-

lencios. Textos entretreídos que procuran, entre perplejidad y complicidad, prestar oído y voz a lo que habita y se desarrolla en los márgenes y, más aún, a lo que, al margen del lenguaje, nunca puede ser enunciado y, sin embargo, cuenta: la vertiginosa contingencia del mundo y de la existencia. Decir los márgenes es, ciertamente, un contra-sentido. ¿Qué puede decirse de lo que no puede ser dicho de ninguna manera, «aquello que asoma en los huecos, en los márgenes, en los espacios en blanco por los que el texto respira»?¹ Aun así, es preciso decir, es preciso sacudir la membrana oblicua del tímpano para detectar, al oído, como lo hace el murciélago guiado por la re-percusión de su propio grito, las formas de vida que resisten y balbucean (en) los márgenes.

Hay quienes consideran las conversaciones de un escritor como textos periféricos que discurren, extra-vagantes, al margen de su obra. Si bien lo importante para el autor son sus obras, en ellas está construyendo a solas. El valor de unas conversaciones al margen de la obra solitaria reside, a mi juicio, en el hecho de que en ellas el autor está construyendo con otro. Si tienen importancia es, precisamente, porque se elaboran en el *entre*. Una de las estrategias de Chantal Maillard ha sido hacer de los márgenes el centro mismo de su escritura, transformándolos en un lugar de narración posible. Quiero pensar que estas conversaciones apuntan al blanco de su obra.

Al hilo de nuestro conversar, franqueamos nueve umbrales: Márgenes, El hambre, El semejante, Monstruos, Ficciones, In-significar, Enmudecer, El método, El animal-en-mí. Tan sólo al acabar («esto es la parte de revelación que tiene todo proceso de escritura», me comenta Chantal con un guiño), nos dimos cuenta de que existía un orden secuencial, una suerte de gradación en la que transitábamos de lo externo a lo interno, y que esta disposición importaba pues nos llevaba de la violencia del hambre a la ética de la compasión. El capítulo «Ficciones» se convirtió así, sin nosotras pretenderlo, en una suerte de bisagra que permitía pasar de las cuatro primeras secuencias (márgenes del afuera) a las cuatro últimas (márgenes del adentro). Y este recorrido cobra ahora todo su sentido, puesto que es en este sostener –¿resolver?– la tensión *entre* el hambre y la compasión, y no en el hambre o en la compasión a solas, donde Chantal

Maillard, desde *Matar a Platón* hasta *Medea*, desde *La razón estética* hasta *La compasión difícil*, tensa la trama de su escritura para seguir tejiendo.

La segunda imagen que me acompañó en esta travesía es más atmosférica que geográfica. Será porque las tormentas son uno de los fenómenos que más me gustan en este mundo desde que tengo uso de memoria que me sorprendí abordando estas conversaciones bajo la desincronización sideral de lo que la expresión latina tan bellamente expresa con las palabras *fulgura et tonitrua*. Del ojo al oído. Del destello a la difracción acústica. Y, en el entredós, un lapso de silencio suspendido. De modo que, considerándolas *a posteriori*, mis intervenciones se me aparecen ahora como una constelación de destellos zigzagueantes que encuentran su resonancia, su intenso eco, en la re-percusión de las respuestas de Chantal –susurros meditativos o quiebro reflexivos que como el trueno ahuecan la bóveda del cráneo. En la mente, una frase de Alexandra David-Néel: «Toda acción física o mental, todo movimiento produciéndose en el ámbito de la materia burda o en el del espíritu da lugar a una emisión de energía». En realidad, se trataba menos de interrogar a Chantal Maillard que de dejar resonar los principales campos o registros que su escritura entreteje, que su voz modula y *performa*, y que componen el singular universo de una de las más sugerentes y perturbadoras escritoras de nuestro tiempo.

Ojalá usted, lector/a, se atreva a entrar en este libro como quien entra en una tormenta, oyendo algo que no se deja atrapar –*saisir*– con y en los conceptos, algo que, aun quedándose al margen –*en retrait*– del lenguaje, le incite a pensar en compañía, a urdir ficciones o entonar algunos de los destellos sonoros entreoídos en estos márgenes de lo audible. Tan sólo deseo que estas conversaciones, para quien no haya leído nunca a Chantal Maillard, sean un estímulo para hacerlo, y para quien se haya adentrado en su obra, una ocasión para inclinar de nuevo el oído y releerla desde estos márgenes.

Por último, quiero expresar mi más viva gratitud a Chantal por su generosa apuesta y su confianza y, sobre todo, por el regalo de su amistad y de su cariño. Afortunadamente, su compañía se dobló de un riguroso y,

por ello, inapreciable acompañamiento escritural, prestándose a corregir y a pulir mis galicismos y demás impericias idiomáticas que se empeñaban en entorpecer, *ici et là*, el buen curso del flujo conversacional. Por todo ello, gracias de corazón.

MURIEL CHAZALON
Sant Celoni, solsticio de verano de 2023

Preámbulo

MURIEL CHAZALON

¿Cuál es el propósito de estas conversaciones? Encontrarnos en un *entredós* para que algo suceda, sin duda, provocarnos mutuamente, sorprendernos en nuestros repliegues, desplazarlos, des-centrarlos, llevarnos a derivar, a producir convergencias o divergencias inesperadas. Pero, ante todo, darte la ocasión de precisar o de ampliar tu pensamiento, señalando los pasajes que se resisten a la inmediata comprensión de tus textos y sus márgenes, y a las audacias de tus exploraciones. Así pues, parece conveniente empezar por esclarecer nuestro título: ¿qué entendemos por márgenes?, ¿por qué nuestra necesidad de decirlos o de darles la palabra?

Decir los márgenes parece, ciertamente, un contrasentido. ¿Qué se puede decir, en efecto, de aquello que pertenece precisamente al no-lenguaje, de aquella vida otra que la vida contada o que pudiese ser contada?

Si, a menudo, profundos cambios proceden de los márgenes es

Me pregunto si eso que olvidamos o que simplemente soslayamos no será lo más cierto, lo que de lo vivido no es la vida contada sino la intensidad que no puede contarse porque subyace y proyecta lo que puede contarse y, aún más lo que no se contó, lo que se hubiese podido contar de no haberse contado lo que se ha contado. En los márgenes late, estoy segura, ese saber oculto que no es reciclable porque atempera el alma, la va creando sin acumularse, porque no

es peso ni imagen que ocupen tiempo y espacio, ni puede aposentarse en la mente de nadie, tan sutil es que no formaría ni idea ni pensamiento alguno. ¿qué diremos, entonces, de los márgenes? Que pertenecen al silencio, donde la vida es otra que la historia contada o que hubiese podido ser contada. Hay un lugar, un no-lugar, donde el tener sentido no tiene ningún sentido.

Filosofía en los días críticos, §165

precisamente porque estos permanecen siempre abiertos sobre el afuera del texto, sobre el afuera de lo codificado, ahí donde fuerzas vivas, movedizas, emergentes, evolucionan en un espacio abierto, aún no saturado de signos. Motivo suficiente para entablar conversación, ¿no te parece?

CHANTAL MAILLARD

¿Cómo rechazar esta invitación, que no sólo me permitirá aclarar zonas oscuras, sino que también me llevará, cómo no, a revisar muchas de mis afirmaciones. Pocas cosas son tan interesantes, en el trabajo del pensamiento y de la escritura, como descubrir los propios fallos o los matices que han permanecido ocultos en lo dicho. Los fallos, porque nos brindan la oportunidad de enmendarlos y abrirnos así a un conocimiento más amplio; los matices, porque en ellos se esconde, a menudo, lo más importante. Luego está todo lo que se queda fuera, al margen del texto: aquello que en lo dicho no se dice, por miedo, por pudor, por ignorancia o, simplemente, porque no se logra decir.

Acojo, pues, esta invitación tuya como un reto, consciente de la paradoja que conlleva puesto que al decirlos, o al escribirlos, devienen texto a su vez, creando indefectiblemente otros márgenes. No obstante, sé —y comparto desde ya con el lector este secreto— que entiendes que mis escritos, o gran parte de ellos, especialmente los más «poéticos», habitan los márgenes y que esta es la razón por la que a algunos lectores les puede resultar difícil su lectura. Sin embargo, veremos, a lo largo de las páginas que siguen, que el poema es un ser de por sí limítrofe, que su hábitat es, de hecho, el de unos márgenes que, en cuanto devienen texto o discurso, pierden su poder de señalar hacia fuera, de indicar

algo que las formas comunicativas al uso son incapaces de decir.

Pero una cosa es la naturaleza marginal de cierto tipo de escritura y otra, los distintos márgenes (sociales, culturales, lingüísticos, identitarios, etcétera) de los que puede y debe hablarse en el uso común del discurso. De algunos de esos márgenes me he ocupado en más de una ocasión. Otros probablemente aparezcan a lo largo de estas conversaciones.

M. Ch.

Hay muchos tipos de márgenes, ciertamente: márgenes del afuera y márgenes del adentro. No pretendemos aquí decirlos todos. Los márgenes exteriores son los bordes periféricos de una sociedad, de un país, de una civilización, en los que uno se siente marginal o marginado y donde, habitualmente, (mal)viven aquellos que no tienen representación ni territorial, ni lingüística, ni social –los «nadies», los ninguneados, los excluidos, los desterrados, los emigrantes, los locos, los indigentes, las mujeres (todavía), los no-semejantes y un largo etcétera. Otros, en cambio, son lo que podríamos llamar los márgenes de resistencia, aquellos en los que la vida profunda, el pensamiento vivo, la existencia libre y creativa pueden desarrollarse, oxigenarse, incluso regenerarse, lejos de todo centro de control. Otro gran margen exterior es la naturaleza, la biosfera, que ha ido ocupando progresivamente los asfixiados márgenes de nuestra civilización. Si bien la cultura, en su sentido integral, es una prolongación de la naturaleza, la oposición entre naturaleza y cultura (o sociedad humana), particularmente exacerbada desde la modernidad y la Revolución industrial, nace precisamente en las grandes civilizaciones dominantes urba-

Lo importante del texto: el espacio intermedio, los huecos, los márgenes, todo lo que no está dicho. No me refiero a lo que todo decir inevitablemente oculta sino, sencillamente, a lo que no se cuenta. Esto no es inevitable, es aleatorio. Y eso es lo que lo hace interesante. Hay una narración paralela a toda narración. Es lo que no está escrito. [...] En el texto los márgenes son al espacio lo que los intervalos al tiempo. Márgenes en blanco en la página: respiraderos del texto. Para los encuentros, la complicidad. Intervalos: bisagras para las conjunciones, para la compañía. Tiempo necesario para que usted pueda efectuar los enlaces en su propio territorio.

La mujer de pie,
pp. 296-297

nas e intelectuales, cada vez más sofisticadas y artificiales, matrices de la mercantilización y la privatización del mundo y de otras muchas degradaciones y hecatombes.

Queremos igualmente, en estas conversaciones, prestar atención a los márgenes interiores, los del lenguaje o los del yo, lugares de la conciencia de los que te has ocupado ampliamente: aquellos planos de percepción y de participación a los que señalas como «refractarios al lenguaje» y, por consiguiente, al yo. Los márgenes, entonces, como suspensión indefinida de los artefactos discursivos, lugares de apertura o brechas por donde accedemos a una reserva de silencio, de vaciamiento, de respiración, desde la que es posible señalar, indicar, llevar a la superficie decible lo infra-percibido que escapa al lenguaje al uso. Estos márgenes del lenguaje son, en tu escritura, el hábitat natural del poema.

Decir o escribir los márgenes se parece mucho, en el fondo, a una actividad de traducción: volver audible, dar voz a algo ininteligible, olvidado o desoído que, a menudo, se experimenta y se expresa intuitivamente a través del cuerpo, y que hoy se ha vuelto silencioso debido, en gran parte, al empobrecimiento de nuestra sensibilidad, a la reducción de las formas de atención y de las cualidades de disponibilidad.

Ch.M.

La creciente atrofia de nuestras capacidades sensoriales es, sin lugar a dudas, una de las razones por las que somos cada vez menos capaces de percibir la vida que bulle en las zonas limítrofes de lo ya pensado y nombrado.

De entre todos los márgenes que has nombrado, hay uno, uno solo, que unifica a los demás: el de aque-

llo que aún llamamos «naturaleza» para diferenciarla de nosotros, los humanos, tan sordos a su rumor interno. Sólo cuando ella se rebela, cuando el gran animal atmosférico despierta al de las aguas y arrasa ciudades o el de fuego las cubre de saliva ardiente, sólo entonces nos acordamos de que existe. En tiempos de bonanza, en cambio, apenas tomamos conciencia de que no sólo existimos gracias a ella sino que somos ella igualmente.

Hallar las brechas por las que ese margen pueda abrirse paso en el texto, de eso se trata. Para re-unir, para abrir canales y facilitar los trasvases entre el margen y el discurso (acerca del margen). Porque de la apertura de ese margen depende, entre otras cosas, la re-integración de todos los marginados, de todo lo marginal, al lugar del texto. El texto: tejido y textura de la vida. De la intuición sensible de ese margen depende que volvamos a saber el respeto que le debemos a lo que somos fuera y dentro de lo humano.

Pero ¿cómo hacer esto sin que volvamos a perder nos en las traducciones? ¿Cómo hacer/decir para que vuelva a hacerse audible, o de algún modo perceptible, aquello que ha dejado de serlo?

Sé muy bien que preferirías sentarte en la hierba, a la orilla de un río o al borde de un estanque, y a todo aquel que pasase por allí con ruido en los oídos y el corazón-mente, poner un dedo en los labios y señalarle los árboles. Si entonces esa persona, después de haber prestado atención un momento, te preguntara: «¿Qué están diciendo?», sabrías perfectamente que no había entendido nada, pues estas cosas no se traducen, se intuyen con el cuerpo. Pero si, en cambio, esa persona se sentase a tu lado, en silencio y con la mente en calma...

Claro que esto no es un estanque, es un libro, y el agua es de tinta, y de papel la hierba.

Bien visto, lo que importa en una narración no es tanto lo que se narra como lo que no se narra. Y con ello no me refiero a lo que se dice en/con lo dicho, lo cual es inevitable, sino, más aún, a lo que no se dice de ninguna manera, aquello que asoma en los huecos, en los márgenes, en los espacios en blanco por los que el texto respira. Esos espacios intermedios soportan un tiempo, son la continuidad de lo que asoma en lo expresado, lo que del iceberg o del volcán se continúa bajo el agua. Son todo lo que el texto oculta, lo que hubiese ocurrido de haber sido narrado. Los márgenes –o los intervalos–, de ser el lugar de lo superfluo o del añadido, de lo prescindible, se transforman de ese modo en un lugar de narración posible.

Bélgica, p. 32

M. Ch.

Sí, es muy posible que preferiría sentarme en la hierba a la orilla de un río o de un estanque, atenta al movimiento de las hojas o al de las ranas, como aquella que saltó, de repente, a uno de los haikus más celebrado de Bashō: «Un viejo estanque / salta una rana / ¡pluf!», ajena ella a la profunda reforma de la poesía nipona del siglo xvii que entonces despuntaba. Aquel monje-poeta nos indicó con este breve poema una manera de acercarnos a la lengua que hablan los márgenes. Pero ¿qué lengua hablan los márgenes?

Ch. M.

Depende evidentemente del margen. Hay márgenes en los que no se oye nada, nada audible en todo caso: el de aquellas multitudes de seres que han quedado sin voz de tanto gritar, o aquellos a quienes se la hemos negado, o aquellos aun que dan por supuesto que no vale la pena alzarla. En otros márgenes, en cambio, el rumor es constante, pero no nos llega porque en ellos no se articulan palabras: son los de todo aquello a lo que no hemos prestado atención porque, al parecer, no nos importa lo suficiente. En ellos se aloja todo lo que consideramos insignificante. De ahí que tendremos que hablar de una lengua que, tal vez, sea capaz de despertar la atención a lo que en ellos late. Y luego están los márgenes de lo que hemos dejado de percibir porque, aun considerándolo importante, o precisamente por ello, acabó siendo sepultado bajo nuestras gastadas fórmulas lingüísticas, de la misma manera que dejamos de ver un objeto (o una persona) que ha llegado a formar parte de nuestro entorno cotidiano. En tal caso, se trata de volver a decirlo, decirlo nuevamente, de otro modo.

M. Ch.

La cuestión es con qué lengua decir lo que logramos escuchar en los márgenes. ¿Una lengua cuyo uso de la palabra fuese quizá más sensitivo que semántico, más concreto que conceptual, más humilde (adverbial) que ontológico, singular pero no autoral? ¿Una lengua menor, despersonalizada, limítrofe, tal vez, que diga menos el sujeto que lo que acontece en los confines mismos del lenguaje? ¿Una lengua menuda que nos vincule de nuevo con el fondo material de las cosas, con las formas del mundo? ¿Una lengua que suene al oído –los márgenes, entonces, como caja de resonancia?

¿Crees que es posible utilizar una lengua de este tipo en unas conversaciones?

Ch. M.

No, no lo creo. Las conversaciones no tienen lugar en el ámbito del poema, sino en el uso común del lenguaje. Porque de lo se trata es de procurar poner en palabras lo poco que logramos atisbar de lo que vibra en esos márgenes. Como te comentaba antes, se trata de volver a decirlo. Decirlo una vez más. Pues qué duda cabe de que todo aquello que nos disponemos a contar ha sido expresado ya de mil maneras, sólo que, de tarde en tarde, es preciso volver a traerlo al lugar del texto porque este, una vez consagrado, tiene una particular tendencia a borrar el rastro –la traza– de aquello a lo que, en un principio, se refería. Lo cual, por otra parte, no deja de tener sus ventajas, pues de ese modo lo que sucede en los márgenes permanece hasta cierto punto libre de perversión, ofrecido a quienes quieran detenerse allí, en la orilla, y ponerse a la escucha. Por poco tiempo, claro, pues por mucho que queramos salvaguardarlo, en cuanto volvamos a expresarlo verbal-

mente, se convertirá en texto y el margen emigrará a las afueras. Esa es sin duda la paradoja: no poder decir el margen sin que este deje de ser margen. Ante esa perspectiva, la tentación es callarse. No obstante... El tablero está dispuesto. Los vocablos se agitan. Iniciemos la partida.